

Por [Elizabeth Álvarez](#)

Aquella mañana era tranquila en Realgallinero, todos hacían sus quehaceres; los pollitos jugaban en el patio pollescuela y el teatro estaba tan limpio que el piso servía de espejo.

Fantipollo se asomó detrás de las cortinas y no vio a su mamá, la extrañó, pues ella siempre andaba a esa hora cerca del escenario por si él la necesitaba. Aprovechó para hacer unos ejercicios de voz.

La pescuecipelá, que estaba sentada en la recepción miró adentro, dio una ojeada fuera.

—¿Será un gallo de patio o será nuestro fantasma?

Hubo silencio de nuevo; pero ella movía y movía aquel pescuezofeo y su moño coloradito. Estuvo allí hasta el punto de sueño. La puerta del teatro daba el frente a la carretera central donde había una pendiente. Para ver al que venía tenía que estar en el tope de la loma.

Canéliga venía de su casa pavoneándose, no había gallinajetreo aquel soleado día; miró hacia la pollescuela y se sintió dichosa, allí tenía cinco pollos de su estirpe y pensó en Fanti como lo mejor de lo mejor, y el más talentoso e inteligente de su familia. Cuando ya estaba próxima al teatro, inmersa en sus —Cartero... cartero... lejanigallero; traigo carta de aveslejanas, asómese Canéliga —y sonó el pito en tres ocasiones.

Canéliga, estaba en la calle, pero con tanto escándalo, salieron todas las gallinas de sus nidos, los pollitos de su escuela y los gallos batieron sus alas y cantaron y las gallinas ponedoras cacarearon tanto que no se sabía si ya habían puesto el huevo del día o era simple jolgorio.

Al fin el cartero terminó de subir la loma, y con ademanes galliniloqueados entregó la carta, viró su velocípedo y sin despedirse se perdió lomabajo. Canéliga leyó en voz alta el remitente de aquella carta:

—Los pericos australianos.

Hubo un cacareomayor, pues nunca habían oído hablar de pericos australianos.

—Silencio —gritó Canéliga.

Abrió la carta con tanta avidez que rompió el sobre.

Señora directora del Divogallo

Canéliga Realgallinera:

Nosotros, pericos australianos que vivimos desde hace siglos en cualquier parte donde se nos trate bien, tenemos el orgullo periqueño de pedirle modestamente que nos deje actuar en el Divogallo.

Sabemos que por ese célebre teatro de magia y fantasmagorías han pasado las mejores aveartistas y hasta el mismísimo Pipisigallo.

Nosotros que somos equipo, hacemos desde el bellcanto, magia, trapecio en fin somos Pericocircosol.

Sin mucho más atte.,

Los Pericocircenses

Canéliga, que padecía de esos desmayos emocionales, no pasó por alto tal acontecimiento y cayó con su patatús en medio de la calle, pero antes de que le tirasen el primer cubo con agua se levantó con las alas en la cabeza.

La banda realgallinacea, que era como los periodistas, estaba a la caza de cualquier noticia; inmediatamente se pusieron el traje, cogieron sus instrumentos y tocaron La Marcha Triunfal de Relgallinero, luego los de artillería sonaron tres salvas de huevo en honor a primera carta que se recibía en dicha ciudad.

Canéliga por su parte dijo que iba a reposar; pero fue al sótano donde Fantipollo la esperaba.

Leyeron la carta y Canéliga dijo a Fanti que la contestara, pues él tenía una perfecta redacción y ortografía.

Y él le sugirió hacer una oficina de correos en Realgallinero.

Tomado del libro *En Realgallinero hay fantasma* (N. del E.).